

La Postergación de la Democracia

Guillermo Solarte Lindo

video Escenario Político

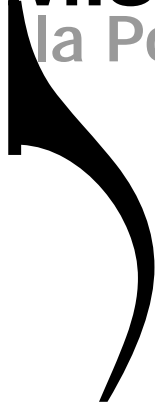
Antanas Mockus Civicas

Claves
para pensar la política
para pensar la ciudadanía

Misión
la política en Colombia 2004

Misión

la Política en Colombia





Derechos Reservados 2005

Claves

para pensar la política
para pensar la ciudadanía

Claves

3

4

Misión la Política en Colombia

Presentación

Las conclusiones de La “Misión la Política en Colombia” son el resultado de una reflexión construida colectivamente sobre los aspectos fundamentales de la política en Colombia. Es claro que algunos de los puntos que se ponen a consideración de los lectores, son resultado de una reflexión hecha a la luz de La Misión la Política, pero la tesis central, y que no podría eludirse es precisamente esa: la postergación de la democracia en Colombia. Parecería haber un consenso entre muchos de los participantes en este proceso, que duró cerca de dos años y que incluyó gente de todas las regiones y ciudadanos y ciudadanas de todos los pareceres e ideologías; un consenso que habla del descontento general sobre los alcances de la democracia y de este sistema político como creador de posibilidades para todos y todas. En fin, los dos tomos que serán entregados a la ciudadanía, así como este documento, son puntos de despegue para el debate.

En este cuadernillo el lector encontrará un CD que contiene la intervención de Antanas Mockus, en la entrega de los resultados de la misión y el texto de Guillermo Solarte Lindo, compilador y coordinador de la misión.

6 La intervención de Antanas Mockus es una aguda reflexión sobre el sentido de la política y la manera como ésta se ha ejercido en Colombia. Se apoya en dos ejemplos muy actuales, que dan un muy buen punto de partida para la comprensión de lo que acontece en el escenario político actual.

El texto que se presenta es un punto de vista de Guillermo Solarte Lindo construido sobre la base del proceso de trabajo de la Misión y apoyado en los documentos de los demás miembros del equipo central. Las opiniones no comprometen a las personas que hicieron parte del proceso.

Al presentar los resultados se espera que se conviertan en una herramienta indispensable en el análisis de la coyuntura nacional.

¿Qué es la CLMR y Qué fue la Misión la Política

La Corporación Latinoamericana Misión Rural (CLMR), es una Organización No Gubernamental, que tiene sus orígenes en el proyecto **“Misión Rural: Transición, Convivencia y Sostenibilidad”**, realizado en Colombia en 1997 y 1998, con el fin de definir líneas de política y una agenda de acción para el desarrollo del sector rural en el largo plazo.

Dentro del contexto de la Misión Rural y fundamentada en los análisis hechos desde lo rural, surgió la necesidad e importancia de realizar un ejercicio similar sobre la política en Colombia. En este proceso participaron un grupo de expertos y una gran red de ciudadanos y ciudadanas de todos los puntos del país. Entre el grupo que lideró el proceso estaban: William Ospina, Eduardo Pizarro, Gabriel Betancourt (q.e.p.d.), Vera Grave, Manuel Hernández, Guillermo González, Luis Jorge Garay, Patricia Lizarazo, Rafael Echeverri, Carlos B Gutiérrez, Margarita Garrido, Fernando Garavito, Héctor Arenas, Hernán Vásquez, Guillermo Solarte Lindo y los representantes de estudiantes de la ESAP, Vladimir Garzón, Sergio Chica y Nelson

Castro; quienes participaron activamente en la discusión y preparación de documentos y trabajos de reflexión desde sus distintas disciplinas.

La “Misión la Política en Colombia” fue entonces, un proceso similar a otras misiones realizadas en Colombia pero con un carácter abierto y participativo que se refleja en los dos tomos: Claves para pensar la política y Claves para pensar la ciudadanía.

La
Postergación
de la
Democracia

Guillermo Solarte Lindo

9

10

La Postergación de la Democracia

Guillermo Solarte Lindo

Volver a empezar

Colombia, y también Latinoamérica, transitan por una época de ilusiones políticas que atrapan en una extraña paradoja: la derecha y la izquierda vuelven a ser la oferta política que reconstruiría la democracia. Una democracia regional que no alcanzó a desarrollarse, salvo esporádicos y efímeros ejemplos, que no por ser históricos, dan cuenta de la existencia de regímenes autónomos y libres.

11

El escenario regional es ocupado por lo que podría ser un nuevo populismo con raíces fuertes en épocas pasadas, pero matizadas, o si se prefiere, modernizado en las fuentes del neoliberalismo o la social democracia europea. Los que se declaran de derecha y los que dicen ser la izquierda navegan en distintos populismos y parecen rehacer la promesa emancipatoria que fracasó hace no muchos años. La política vuelve al cauce después de unos años largos en donde la idea neoliberal avasalló los idearios de partidos, economistas y políticos profesionales. Salta a la vista la pregunta: ¿Se renuevan las promesas o se construyen otras?

El futuro es de difícil predicción y el presente es impredecible. La alta incidencia de las políticas globales ha disminuido la capacidad de decisión de los estados del sur. El papel de los organismos internacionales en el manejo de las economías deja muy poco, o casi ningún, margen de maniobra. La globalización parece construir unas dependencias distintas y un modelo de relaciones en donde un sólo hegemón lucha por consolidarse. La palabra imperio vuelve a circular con fuerza y las tensiones producidas por la existencia de un sólo poder empujan la aparición de fundamentalismos extremos que se oponen de forma violenta a esa tendencia.

La deslegitimación del Estado en muchos países latinoamericanos es alimentada por la recurrente asociación entre la idea de Estado y la ineficiente administración pública. En esencia, podríamos estar hablando de un imaginario del ciudadano, construido a lo largo de la historia, y que muestra, con bastante precisión, cómo el manejo del Estado por la clase política tradicional ha significado una desconfianza generalizada de la ciudadanía hacia el Estado. La reconstrucción de la confianza entre estado y ciudadanía será no sólo un gran desafío sino también la base de una gobernabilidad duradera. Esta reconstrucción de

confianza obliga a pensar, en parte, la política desde lo local y desde el ciudadano. En nuestras discusiones se abría con bastante interés el ejercicio instituyente de la ciudadanía como paso clave de legitimación del Estado.

Podría decirse que la esfera del manejo de lo público ha ido perdiendo, poco a poco, no sólo su prestigio, sino también gran parte de su poder, su capacidad de gestión o lo que se está conociendo como gobernabilidad. Asimismo, la política se ha convertido en un ejercicio muchas veces excluyente, ineficaz y corrupto que obstaculiza, en muchos casos, el progreso de las comunidades cuya participación real en el gobierno se reduce de manera general, a su intervención en las elecciones. Aunque la corrupción ha sido identificada como uno de los problemas más fuertes de la democracia, las alternativas de solución no responden a la dimensión de los problemas. La corrupción no puede solucionarse montando una institución u oficina.

Es básico entender esto como la urgencia de una revolución ética que transforme la burocracia y a la clase política, que en últimas negocia y produce ese fenómeno. Tanto la aceptación social de la corrupción, así como la de la ilegalidad, no na-

cen ni se construyen en la base social; sino que toman fuerza en la debilidad moral de las instituciones y de lo que ejercen los poderes o liderazgos sociales. Aunque los pactos se debilitan en el ejercicio del poder, la idea de un pacto sobre estos dos aspectos podría ser la salida a la crisis provocada por estos dos fenómenos que pueden llegar a ser los más álgidos puntos de la vida colombiana.

14

Pero ¿qué podría estar sucediendo? En Colombia, y quizás de manera extensible a muchos otros países de Latinoamérica, existe un divorcio evidente entre política y moral, el escenario de la política es dominado por un enorme sentido del oportunismo y el beneficio individual de los que ejercen el rol de políticos, y es evidente en parte, como consecuencia de lo anterior, una crisis de los partidos políticos tradicionales y de la credibilidad que la población tiene sobre las instituciones. El escenario político colombiano da señales para el desarrollo de una democracia sin partidos o lo que podría parecer menos dramático: una democracia de movimientos, que contruidos desde los intereses de la ciudadanía, renueven y acerquen la política a la vida diaria y a la solución de los problemas que agobian a la población. Si esto es así, la pre-

gunta que salta a la vista es: ¿cuál es el papel de las organizaciones políticas tradicionales, de izquierda y derecha en ese escenario?

Algunas claves para comprender la postergación de la democracia

Entender la postergación de la democracia resulta tan fácil para el ciudadano, como difícil es, para el político aceptarla. Esto es así porque el primero vive esa postergación y el segundo es el responsable de la misma. Podría afirmar, y no sonrojarme, que el político trabaja para lograr esa postergación y ha sido eficaz en su tarea.

La ilusión democrática no es el resultado del ejercicio de la ciudadanía, parece mentira que tenga que decirlo, es la consecuencia del ejercicio del poder. Es la milimetría para lograr que la democracia exista como ilusión y la sagacidad para lograr asimismo que el voto legitime las más crueles dictaduras locales de todo el planeta. Salta a la vista que la postergación es una estrategia y no el resultado de ese ejercicio. La sobre valoración del

voto o los excesos de leyes son puntos del mismo ejercicio del poder. La creación de escenarios artificiales tipo Frente Nacional es consecuencia de la misma concepción política. El Transfuguismo aceptado como norma ética es también consecuencia de ese extraño pacto que por debajo de la mesa hacen todos los políticos elegidos.

16

Presento algunos puntos para discusión o para que, a través de los mecanismos establecidos se silencie el verdadero debate político que no es otra cosa que la postergación continua, permanente, de la democracia. No es entonces un asunto de hoy, lo es de ayer y lo será de mañana si no podemos asumir el poder desde la ciudadanía.

1. Dictaduras locales

La democracia colombiana debe ser pensada desde lo territorial y reconstruida desde lo local.

Nuestra democracia está repleta de islas autoritarias, de espacios vedados a la razón, de sumi-

siones al militarismo que opera de manera más acentuada en lo local, de sistemas paralelos de justicia; de sistemas económicos locales en muchísimos casos feudales, de elecciones cooptadas. Es decir, en Colombia existen dictaduras locales militares de izquierda y derecha como también pequeñas dictaduras civiles que es evidente que ponen en cuestión la existencia de un estado democrático.

No es posible, entonces, preguntarse por el escenario futuro de la sociedad colombiana, sin hacer lo mismo de manera crítica con el futuro de la democracia. Es más, los problemas que agobian a la nación y a la región surgen de lo que podríamos llamar la postergación continua, histórica y política de la democracia; como sistema real, fundamentado en los derechos humanos y capaces de neutralizar la exclusión económica, cultural, política y la expresión violenta del conflicto.

Unos 400 municipios de Colombia han vivido largos periodos de dictaduras. Regímenes políticos por fuera del Estado de Derecho pero que existen ajenos a la Constitución y que sin embargo se sustentan en elecciones cada cuatro años. Las dictaduras locales en Colombia son regímenes autónomos fundamentados en la fuerza, siempre ile-

gal, de los que ocupan ese territorio. Pequeñas dictaduras locales que imponen sistemas de justicia, o mejor sería decir, de injusticia en donde es permanente la violación de todos los derechos humanos y en donde también llegan a aplicarse sistemas propios de pena de muerte y de tributación. Al mirar la democracia colombiana no se puede pasar por alto esa realidad local que se constituye en el mayor déficit político del país.

18

El significado de este fenómeno es amplio y tiene impacto en todos los ámbitos de la vida local. Es sobre lo local en donde los autoritarismos ejercen su poder. Es allí en donde la institucionalidad pierde toda su legitimidad y en donde el sentido de lo público está estrechamente vinculado a fuerzas que mantienen una autoridad sustentada en la economía ilegal. La ilegalidad es allí la fuente del poder y su dinámica está entrelazada con la producción de drogas, con la expropiación de la tierra de forma violenta, con los cacicazgos y el clientelismo construido por largos decenios de abuso de poder y abandono del estado central.

La expulsión de la población o destierro obligado es también un reflejo de esos poderes dicta-

toriales que declaran indeseable a todos aquellos que se oponen o difieren o denuncian los desmanes del poder. El destierro no sólo es el resultado de una guerra por el territorio sino que también es un mecanismo o amenaza permanente contra los ciudadanos que difieren o que piensan de forma distinta.

2. Democracia territorial antes que pacificación territorial

19

La existencia de estas dictaduras locales puede estar planteada como desafío. El desarrollo de la democracia territorial debe ocurrir muchísimo antes que una pacificación territorial como estrategia para consolidar la presencia del estado en las distintas regiones o municipios. Es muy posible que este proceso de democratización sea el elemento fundamental para neutralizar la guerra cuyo resultado más cruel es el destierro. De hecho, la propuesta como mencionaba anteriormente, sería propiciar el desarrollo de una democracia instituyente en donde la ciudadanía se apropie de los procesos

políticos y de toma de decisiones. El proceso de construcción de esa democracia territorial es un desafío que no puede postergarse más. El análisis y desarrollo de estrategias para la acción en este sentido sería una propuesta pacifista que podría contraponerse al espíritu bélico impulsado por el pensamiento militarista. Lo que podría entenderse de alguna manera como un plan C (de ciudadanía), construido colectivamente y capaz de neutralizar esta guerra interminable.

20

Con relación a la sociedad rural, escenario de la guerra, es necesario pasar de la concepción de conquista de su territorio a la de democratización del mismo y es muy posible que esto obligue a pensar en un nuevo ordenamiento territorial que, cercano a cada región facilite el tránsito de la incipiente descentralización a un estado de autonomías territoriales.

La democracia territorial se debe pensar desde un modelo de gestión en donde cada región no sólo hace parte del estado sino que tiene un compromiso fuerte con la idea de autonomías responsables. Incorporar a la agenda nacional el debate de lo autonómico, puede ser uno de los muchos

caminos que es necesario recorrer no sólo para acabar con la guerra sino para construir una paz larga y sólida.

3. Electoralismo o el poder antidemocrático del voto

En la política actual, el mecanismo de exclusión o en muchos casos, de ausencia de una apertura política real a otras opciones, constituye lo que definiríamos como el electoralismo impuesto por las clases políticas tradicionales. Este sentido dominante de lo electoral por encima de la política, entendida de manera simple como lo que interesa a todos y todas, ha convertido la democracia en una ilusión que se renueva cada cuatrienio. Pero esta práctica política no sólo establece o afina sus mecanismos cada cuatro años, sino que extiende sus redes a la actividad pública y al manejo del Estado. El electoralismo entorpece la gestión pública y la vida política, de la misma manera que estructura formas de negociación entre partidos políticos y gobernantes, entre empresa privada y candidatos,

entre intereses económicos e intereses políticos y sociales. La cruel paradoja de las elecciones se introduce en la vida política como la única opción y se fortalece de la mano de las campañas políticas, de los políticos tradicionales que saben a la perfección cómo funciona el sistema y que realizan grandes inversiones, no sólo para ser elegidos, sino para que este sistema que los favorece permanezca incólume.

22

Pero es difícil detectar con precisión, los rasgos que caracterizan el electoralismo como la más cruel de las enfermedades de la democracia. Antes de avanzar, definiría el electoralismo como: él dominio de la elección como mecanismo único de legitimación del poder político en un sistema democrático. Es decir, en un escenario de estas características, la democracia parece fortalecerse cada cuatro años, cada período electoral.

La ilusión democrática se robustece con la elección, pero esto no significa para nada que el sistema político sea una democracia real, por el contrario, el electoralismo crea una legitimidad que parece ser el sostén último de los políticos tradicionales y sus partidos. Su militancia se reduce a lo

electoral. Son, en esencia, grupos o partidos electorales que no logran construir una comunidad política actuante, interventora, veedora. Sobre la base de esta idea de partido electoralista aparece, así mismo, la idea del político electoralista, aquel que se lanza a la política cuando, en elecciones, quiere aprovechar una situación específica, un golpe de opinión o una visibilidad más o menos fuerte en los medios para ser elegido.

En este escenario se han construido múltiples empresas electorales que desaparecen con el triunfo o derrota del empresario de turno, muchos de ellos se acogen a la sombra de los partidos tradicionales que encuentran fortalezas en las debilidades políticas de otros y encuentran también fuerzas de resurrección en la capacidad empresarial de los microempresarios del electoralismo. Esta estrategia de vinculación de mini-fuerzas electorales en la política tradicional es una de las posibles causas que impide el desarrollo de verdaderas terceras fuerzas políticas, es posible ver esto como un fenómeno que permite la existencia del modelo actual de exclusión política de ideas distintas al bipartidismo tradicional.

La campaña se agita con publicidad como cualquier producto y, como en éstos, una parte sustancial es la imagen. Se buscan figuras, no líderes, esto facilita la acción. Un líder político es la consecuencia de su trabajo, una figura es la consecuencia del manejo de una imagen. En uno predomina la coherencia, en el otro la conveniencia de la imagen con la moda, con lo que el mercado pide. Para uno, lo esencial es el discurso, para el otro, el eslogan. Si el político sienta sus principios en las ideas de un grupo o de una corriente de pensamiento, para la figura lo fundamental es el impacto mediático de sus logos, eslóganes, imágenes. El electoralismo es, en política, lo más cercano al mercado, es decir, a la economización de la política y, por ese camino, a la reducción de la democracia a un asunto de oferta y demanda de votos, de votantes, de figuras-productos. De esta manera, la campaña es sólo una estrategia más de mercadeo en donde la publicidad y su lenguaje son las claves del triunfo o la derrota. Las demandas sociales juegan un papel secundario en este escenario; lo que cuenta aquí es la estrategia, el discurso que es imagen para lograr los más altos niveles de sintonía, para vender, para atraer la atención de los clientes potenciales: los votantes.

Al convertirse la democracia en un asunto exclusivamente electoral, el final de la democracia es el final de la campaña.

4. Salir de la trampa del instrumentalismo

Existe una tendencia bastante generalizada en los grupos de poder político y económico, y desde los espacios de representación institucional, que cree y hace creer, que la democracia es el conjunto de instrumentos o leyes aprobados desde las instancias formales para establecer o garantizar los derechos o deberes del ciudadano. Esta concepción instrumentalista limita con fuerza el desarrollo de una democracia real por cuanto produce la ilusión de encontrarnos en un régimen democrático, mientras la realidad muestra la impotencia de la ley para transformar el escenario político, económico, cultural o ecológico del país.

La democracia parece centrarse en la reforma de las leyes, en la construcción de un marco legislativo que presupone como realidad aquello que queda legislado. Si el conjunto de instrumentos reflejara el régimen político colombiano, este podría definirse como una maraña de normas, muchas veces desligada de la realidad, muchas otras condenadas a su violación y casi siempre sujetas a la interpretación que los distintos poderes hacen de ellas. El divorcio entre ley y realidad se origina en la cada vez más acentuada disociación entre políticos y ciudadanía, en la inexistencia de organizaciones políticas con base social, en la extremada libertad que tienen los políticos elegidos para legislar y la bajísima capacidad de control o participación que tiene la ciudadanía sobre las instituciones legislativas. Con el fortalecimiento de estas prácticas se ahondan cada vez más las fisuras sociales, los abismos entre legislación y práctica cultural, extremos entre los cuales no se identifica ningún proceso.

De esta forma, podría afirmarse que si la ley es democrática en el papel, la forma de llegar a ella y la aplicación no lo es, y esto en razón de que, aunque parezca paradójico, la ley establece los mecanismos para que la justicia no opere, así como reproduce y legitima las instituciones que generan

dichas leyes y, de esta manera, a los políticos que las producen. Esos mecanismos de obstrucción de la democracia o de postergación de la misma no son cosa distinta que la estructura del poder en sus distintos niveles y la casi perfecta manipulación de las instituciones por parte de éste para su permanencia o perpetuación en el mismo. Se entiende el poder político, en el contexto de este ensayo, como la capacidad que tienen los políticos para legislar, intervenir en el manejo del Estado y el sentido estratégico de perpetuación de esa situación, es decir, la capacidad para dejar las cosas como están, socavando poco a poco los ideales de una sociedad verdaderamente democrática

27

5. La transpolítica, una realidad a cambiar

El primer elemento y quizás uno de los puntos centrales de la transpolítica, está relacionado con lo que llamaría el gran mapa del pensamiento político, que orienta a los partidos y movimientos colombianos en este principio de siglo. Desde allí plan-

tearía que no existe una delimitación entre las distintas ofertas políticas, de tal manera que estamos actuando en un proceso realmente plural, en donde la ciudadanía participe sobre la existencia de proyectos políticos diferentes que propongan vías alternativas de desarrollo social o económico. Por el contrario, la oferta se ha cerrado de tal manera que no hay, o no han podido consolidarse, opciones distintas al bipartidismo tradicional, que atraviesa por una de sus peores crisis. Antes que optimismo por el hecho electoral de la izquierda democrática, habría que desplegar la mas audaz de las prudencias, no porque la historia se repita, sino mas bien, porque es la misma.

La historia de las terceras vías o terceras opciones es la historia de la tragedia y las confrontaciones, pero también la de las cooptaciones. Los partidos tradicionales muestran una larga cadena de disidencias que terminan integrándose, por el camino de las transacciones, con las dirigencias que ellos mismos desconocían.

Así mismo, habría que señalar cómo el escenario político de finales y principios de siglo, se inundó de propuestas que, intentando escapar a los partidos tradicionales, se convirtieron en grupos

que ofrecían antes que proyectos políticos, opciones de solución a situaciones como la corrupción. Son, en muchos casos, nuevos líderes moralizantes que sólo alcanzan a ser un fenómeno electoral, sin una ideología muy clara, que fácilmente caen en la ambigüedad y la promesa reformista.

La transpolítica ocupa el espacio de la democracia. Y su hijo, el transfuguismo es ya conducta aceptada en ese mapa político actual. Esto que aparece como problema en el mundo de la política actual, en nuestro país se expresa de forma amplia y podría decirse que prematura: “Viva Laureano Gómez, viva el partido liberal”, era un anuncio, una tremenda valla publicitaria que mostraba, hace medio siglo, el camino que cogería la política tradicional. El político colombiano actual y en gran medida el latinoamericano se está convirtiendo en sinónimo de tráfuga, es decir, en este plano de nuestra democracia la debilidad de los partidos y su fragilidad ética y de base popular empuja a la transacción permanente entre políticos, entre corrientes, entre líderes en un escenario en donde todo parece ser negociable en pro de la elección, del triunfo electoral. El transfuguismo como forma de hacer política ya no sólo es una práctica común sino que tiende a ser o convertirse en La Política.

Se puede decir que este tránsito hacia lo tráfuga, facilita al político profesional la libertad de decidir su voto en las instancias de representación Senado, Cámara, Asambleas, Concejos sobre la base de su propio interés o su conveniencia momentánea sin tener en absoluto el control de un grupo político y por lo tanto sin una responsabilidad ante un colectivo. Rompe la transpolítica el vínculo de responsabilidades con colectivos de base y fragmenta de tal manera el mapa político que la representación queda en manos de individuos y no de partidos. Esto debilita en el fondo la democracia representativa creando escenarios de negociación política desinstitucionalizada.

La transpolítica es un fenómeno más que entra a fortalecer la tesis de la disociación entre política y sociedad. Fuente inagotable que permitiría pensar que es la disociación la que ha generado la base para que lo “trans” domine el espacio público. La transpolítica, que se construye en Colombia es, entonces, derivada de acuerdos entre partidos y élites agotadas, resistiendo tozudamente a desaparecer y proponiendo la construcción de escenarios en los que se pueda renovar su poder. La transpolítica se caracterizaría por la consolidación, en el escenario colombiano, de formas de pensar y

hacer la política atadas a las prácticas del poder, permeada de discurso tecnocrático modernizante y sustentada sobre la defensa de la economía de mercado y la democracia liberal, pero vacía en cuanto a compromisos reales contra la pauperización de la sociedad, la impunidad de los responsables, la dependencia de las decisiones económicas del país en relación con la banca multilateral, la intromisión de los Estados Unidos en los asuntos internos, la sumisión de la democracia colombiana a los dictados del mercado internacional, la sumisión extrema y ciega a la integración económica de los países americanos a través del proceso del Área de Libre Comercio para las Américas (ALCA).

31

Un escenario dominado por lo “trans”, es el lugar perfecto para que reinen las ideas y las promesas de salvación, los procesos sin base social, la intervención extranjera. La transpolítica colombiana es el vacío de pensamiento y de crítica. La eliminación de la oposición, el juego político centrado en el manejo presupuestal, en la repartición del ponqué. El centro se constituye en el espacio a ocupar, algo así como un magma en donde todo cabe, desde las ideas autoritarias más radicales, hasta los neoliberales arrepentidos.

6. Democracia económica

32

El sistema o modelo económico hace evidente, por la ampliación de la pobreza, el desempleo, la distribución de la riqueza, la concentración en la propiedad de la tierra, que se distancia cada vez más de un verdadero sentido democrático. Las políticas económicas continúan siendo políticas orientadas, de forma exclusiva, al crecimiento, entendido como el fin último de cualquier acción pública. El modelo económico no genera las posibilidades de igualdad, y el disfrute de los beneficios del desarrollo se cierra cada vez más a una pequeña parte de la población. La democracia en Colombia debe ser orientada hacia el ajuste radical de lo que se ha llamado modelo económico, si esto no sucede la democracia seguirá siendo una ilusión. No podríamos seguir construyendo una democracia en donde las políticas económicas generan cada vez mayor pobreza, menos equidad y mayor concentración. Todos los informes de desarrollo muestran que lo que alcanzamos en lo económico no logra distribuirse equitativamente y la brecha entre ricos y pobres se

amplia. Todo indica que los esfuerzos deben ser mayores y aunque el argumento de la relación entre pobreza y violencia esta superado, lo que no puede pasarse por alto es que la disminución de las posibilidades de un ciudadano para garantizar su supervivencia digna es una muestra inmensa del fracaso del modelo económico pero principalmente de la postergación de la democracia. No parece haber argumentos e contra de la necesidad o la urgencia de replantear el desarrollo. Ese puede ser el desafío mayor que tiene la democracia colombiana. Reorientar el desarrollo hacia la ciudadanía y buscar un equilibrio inteligente entre el beneficio privado y el bienestar de la población. En este sentido no podemos seguir hablando de democracia mientras en medio de la riqueza natural y humana exista la más alta miseria económica. No podemos continuar haciendo esfuerzos para entender lo que nos pasa, es imprescindible avanzar en la construcción colectiva de aquello que deseamos y que sabemos que un sistema justo nos permitiría alcanzar. La democracia económica no es una meta sino un punto de partida para desarmar a los violentos y a los corruptos.

7. Lenguajes del dominio y la fuerza del discurso

34

La política, como lenguaje de administración del poder, se puede entender como expresión o discurso de lo que el mismo poder hace circular como cierto y que dibuja un mapa de “verdades verdaderas” como diría Chomsky o, mejor dicho, de mentiras irrefutables; que se amplían y consolidan como ciertas en los territorios de los medios, de los círculos del poder económico y, en no muy pocas ocasiones, en las barricadas de las academias universitarias atrapadas entre las rejas de la erudición que ordena, desde la trinchera del rigor, lo que debe hablarse, decirse, pensarse y hasta soñarse. Entonces, para no perdernos: la política también es lenguaje o, ante todo, es lenguaje.

Sólo con el propósito de llegar a alguna precisión que facilite la comprensión: toda verdad verdadera o mentira irrefutable hace parte de un oleaje internacional de palabras que circulan con fuerza y que, al hacerlo desde el centro a la periferia o desde el norte al sur, orientan no sólo los planes, políticas o proyectos, sino que también transitan de la mano de los medios por la vida cotidiana de

los habitantes de cada país, región o pueblo. El origen de esas palabras que inundan de sentidos la vida diaria es claro: los países del norte. La manera como esos lenguajes de dominio se estructuran también parece clara: las distintas academias, la tecnocracia, los políticos y los medios. La idea de la legitimidad de esos lenguajes, también es evidente: en la sociedad de la información todos los conceptos deben sustentarse o ser respaldados por las comunidades científico-técnicas o por las comunidades de intelectuales. Es necesario identificar el origen para saber de qué manera se puede trastocar lo que están diciendo, o proponer un peaje, una aduana lingüística a la entrada de las academias que pueda protegernos de los lenguajes del dominio.

35

En una síntesis necesaria: La política como lenguaje no es sólo el producto de la demagogia de los políticos, es también y principalmente, el producto de esa relación entre técnicos y académicos, seducidos por la idea de gobernar, de hacer política, de politizar su oficio a costa de la despolitización de la sociedad, del ciudadano.

El lenguaje que emerge continuamente de esta relación inunda de sentidos no sólo la política, sino la vida misma. Desde allí se estructuran continua-

mente versiones de la vida distantes, alejadas de la vida comunitaria, distanciadas de las regiones, ensimismadas en su propia credibilidad.

36 Sigue siendo una obligación intelectual interrogar de manera crítica la llamada epidemia de neopolitismo que inundó el planeta y que promueve hasta la saciedad un lenguaje único, un pensamiento único que trastoca y confunde e impulsa sentidos supuestamente humanos y políticamente democráticos y correctos. Dice José Manuel Laredo así cómo Orwell que “predijo la posibilidad de que llegara a hacerse familiar una forma lingüística como la que estamos presenciando en estos tiempos, en la que un partido que trabajara a favor del capitalismo se llamara socialista, en la que un gobierno despótico se llamara democrático y en la que unas elecciones dirigidas se llamaran libres”.

Si aceptamos sólo como punto de partida y estrategia, la resistencia lingüística, estaríamos sobrevolando el mundo de los medios y la mediación que ellos hacen con la vida política. Estaríamos enfrentados a una realidad contundente: la construcción de medios alternativos o, aun más allá, una comunicación alternativa que rompa las olas de ese mare magnum verbal al que somos sometidos.

dos y que poluciona la vida. Entonces estaríamos hablando de varias cosas: por un lado, de la resistencia lingüística como estrategia de insumisión; por otro, de la creación continua de formas de comunicación alternativas en todos los espacios cotidianos, sobre todo escuela, familia, universidad, trabajo y por último la creación de medios alternativos.